

TODO ESTÁ CONECTADO:

Escuchar el grito de los pobres, construir justicia para la Tierra
CONFER, 24-26 de Febrero de 2017



“Desde la espiritualidad, todo está conectado:
revoluciones para vivir desde la equidad y la ecojusticia”

Silvia Martínez Cano

1. Introducción: el Universo, espacio de convivencia

Por la noche cuando observamos el cielo oscuro y las millones de estrellas que hay en él, frecuentemente, nos embarga una sensación de absoluta pequeñez con respecto al universo. Miles y miles de kilómetros de vacío nos separan de las estrellas y las galaxias donde habitan. Las primeras estrellas tardaron en formarse 380 millones de años después del posible inicio del universo. No sabemos cuales están más lejos, en la frontera del universo, ni tampoco sabemos cuanto tiempo van a estar allí. Lo que sí sabemos, gracias a la física de partículas y a la cosmología, es que por un desequilibrio en el inicio del universo, una ligera asimetría de la materia y antimateria (de 1.000.000.000 de antiprotones a 1.000.000.001 protones) evitó que se anularan la una a la otra y comenzaron a formarse los primeros átomos estables necesarios para un universo como el nuestro (H, He, C, Ni, O...).

¿Podía haber sido la asimetría de otra manera? Si. ¿Podía haberse formado materias y seres con diferentes combinaciones atómicas a nosotros? Si. Pero lo cierto, es que nosotros estamos aquí. Así que podemos decir con certeza que “Somos polvo de estrellas”¹. Somos átomos de oxígeno, carbono y nitrógeno que surgieron de la explosión de estrellas y que se fueron combinando hasta formar un nuevo planeta, una primera célula, un ser humano complejo.

Somos materia, de ese 5% que forma el universo. El otro 95% está formado de antimateria (25%) y energía oscura (70%) que no sabemos qué es pero sí cómo se comporta. Pero de este 95% si sabemos que es fundamental para la estructura de este universo: la **energía oscura** sería un tipo de energía que no interacciona con la constante gravitatoria, más bien funciona como una repulsión, que hace que el universo se expanda más rápido. La **materia oscura** o **antimateria**, que no conocemos, pero sabemos que interacciona gravitatoriamente y mantiene la orbitación de las galaxias. Se acumula en las zonas laterales de la galaxia y en una especie de halo que las rodea. La antimateria también participa en la formación de las galaxias porque comenzó a acumularse la primera y fue atrayendo a la materia y así, se fueron formando las galaxias². La materia oscura constituye una especie de estructura invisible sobre las que se formaron las galaxias. Sabemos como se comporta pero no de que está formada.

Lo segundo que podemos decir es que nuestra presencia es un causalidad física de ese polvo de estrellas que con una elevada presencia de carbono ha hecho posible nuestra presencia aquí y ahora. Una causalidad que podía haber sido esta u otra. Y sin embargo ha sido la nuestra. Esto nos recuerda que no somos imprescindibles ni necesarios para el universo, ni para su funcionamiento.

La tercera afirmación que podemos hacer es que existe una estrecha relación entre el macrocosmos y nuestro microcosmos, ya que desde la primera generación de estrellas tras el Big Bang y nosotros hay un proceso encadenado de combinaciones atómicas y reacciones de energía que hacen posible la vida de las primeras bacterias formadas por Carbono, Nitrógeno y

¹ David Jou, *Reescribiendo el Génesis, de la Gloria de Dios al sabotaje del universo*, Destino, Madrid 2008.

² *Ibid.*, pp. 68-74.

Oxígeno y desde esta primera vida una cadena evolutiva de las especies incluida la humana. Este proceso requiere entre 7000 y 6000 millones de años, pero además, una expansión del universo de 13700 millones de años-luz.

Con qué brevedad se define nuestra existencia, por combinaciones atómicas, pero con qué claridad nos hace caer en la cuenta interconectada está la realidad, cuáles son sus delicadas y precisas relaciones que permiten que un ser tan desprotegido e insignificante como el ser humano pueda existir en la cadena cósmica y ecológica de este mundo.

La cuarta afirmación, entonces, es la de ser conscientes de que no somos el centro del universo. Hemos pasado de pensar el mundo como un cosmos estático y pre-determinado a una realidad incierta. No estamos seguros si existimos y somos por casualidad o por una mecánica universal necesaria... vivimos en una realidad plurifacética en la que podrían haber muchas posibilidades de existencias y seres. Si tan solo una de las constantes gravitacionales hubiera variado ligeramente su valor, nosotros no estaríamos aquí. Tampoco está la ciencia segura de lo que afirma. El conocimiento de nuestro cosmos es relativo y provisional, por tanto no podemos centrar en él nuestro deseo de resultados y respuestas. Tampoco esperar que nos responda a las preguntas sobre este mundo.

Todo está conectado. Desde las galaxias hasta las partículas más pequeñas de nuestro organismo. Desde la manzana que me como en el desayuno, hasta la tala de árboles de este mes en el Amazonas. Todo está conectado. Lo descubrimos los mayores a través de los pequeños con sus móviles, tabletas y juegos online. Todo está interconectado y descubrimos un mundo que llora por las fracturas que surgen de la desconexión, y por los desequilibrios humanos y medioambientales. Nos damos cuenta que hemos olvidado lo grande, la armonía del universo, para centrarnos en nosotros, lo pequeño. En lo pequeño no se aprecia el movimiento, la dinámica de este cosmos en expansión.

Por eso, es necesaria una interpretación de la realidad que nos permita ver el todo a la vez que lo concreto. Aprender a tomar decisiones en el contexto relacional en el que habitamos desde lo concreto pero con perspectiva de infinitud de un cosmos que no sabemos como acabará de constituirse.

Este texto quiere proponer una hermenéutica de la realidad que pretende ser integral e integradora, situando la cuestión ecológica como central para la vida, una vida con futuro. Exige así no sólo **una nueva cosmovisión**, sino un nuevo *ethos*, una nueva forma de vivir. Desde el juicio occidental moderno, antropocéntrico y androcéntrico, racionalista-positivista, burgués, industrial y urbano³ hemos de pasar a un nuevo paradigma vital. Se trata de orientar las vidas hacia una conversión real y eficaz.

El cambio viene profetizado por aquellos que claman como víctimas de las consecuencias del hambre, la pobreza, la desertificación, el consumo descontrolado... en definitiva, de denuncian los intereses de pocos frente a muchos empobrecidos. Es un clamor que pide una espiritualidad diferente⁴, una forma de vivir nueva que armonice los elementos éticos, estéticos, místicos, políticos, personales, eróticos y sociales, de nuestro "ser pequeño" con la vida inmensa del universo.

Para el creyente, se abre la posibilidad de creer de otra manera, desde una espiritualidad holística que experimente a Dios en la totalidad de la vida. Sentir la presencia del Espíritu de Dios, la *Ruah*, manifestándose con sabiduría desde la estrella roja gigante a millones y millones de kilómetros hasta en la pequeñez de nuestra historia. Todos ellos son lugares donde la *Ruah* se desvela. Se manifiesta progresivamente, como revelación de Dios en la historia del universo. Pero también la vida en la *Ruah* es una invitación a armonizar sabiamente las paradojas de la vida: experiencia de fortaleza/experiencia de debilidad; silencio/palabra; trabajo/descanso;

³ Leonardo Boff, *San Francisco de Asís. Ternura y vigor*, Sal Terrae, Santander 1995, 19-23.

⁴ Dorothy Sölle, *The Silent Cry. Mysticism and resistance*, Fortress Press, Minneapolis 2001, 47-48.

dar/recibir; presencia/ausencia; conectar/desconectar; saber caminar acompañados/ saber estar solas, y así, saborear lo que enriquece nuestro mundo interior y fortalece nuestras opciones y compromisos con el exterior.

En un mundo en riesgo, contaminado, injusto, roto por mirar lo personal y no lo integral, es necesaria la búsqueda de soluciones integrales para las heridas que son consecuencia de la interconexión y globalización⁵, y que nos empobrece cada vez más y nos depara un futuro corto. La propuesta de Francisco en "Laudato Si" recoge este clamor de los pobres e invita a una **ecología integral** unida al bien común. No basta con pequeños consensos políticos medioambientales, es necesario una mirada nueva, armonizar estructuras humanas con las estructuras del universo. Ya no sirve pensar desde un desarrollo sostenible, sino que es necesario pensar en un paradigma integral de la vida que abarque todo el universo. No hay sostenibilidad si no hay una conciencia del dolor de la naturaleza, como consecuencia de una mala gestión de nuestra propia realidad.

Es necesario hacer un esfuerzo en abandonar elementos que intoxican la vida global, porque están pensados desde una antropología de binomios poder-sumisión, hombre-mujer, ser humano-naturaleza, consumo-participación, explotación-cooperación... que justifica la explotación de la naturaleza y de los seres humanos. Necesitamos pasar del antropocentrismo devorador a una cosmovisión centrada en la vida, dice la teóloga coreana Chung Hyun Kung, que nos permita vivir la **compasión ecológica** como el principio fundante de nuestra naturaleza humana⁶, espiritual, es decir, a imagen y semejanza de Dios. De ella habrá de brotar el respeto hacia todas las formas de vida del universo, dando paso a una praxis de lucha por la **ecojusticia** y una vivencia de **cuerpo ecológico**.

2. Un mundo fracturado: las grietas y los miedos

Para comenzar por estos cambios podemos aplicar el método teológico del ver/juzgar/actuar⁷. Por eso vamos a comenzar abriendo nuestros ojos a la realidad que hoy mismo nos encontramos. Podemos abrir nuestros móviles y ver que noticias hay en los periódicos y en las distintas redes sociales de cuestiones del mundo que preocupan. Todas ellas están relacionadas con la problemática del paradigma globalizador. Esto quiere decir que la conquista de la modernidad, es decir, el empoderamiento del sujeto como medida de la realidad, nos supone en este tiempo plural y globalizado, una serie de problemáticas que desencadenan un estado de alerta para el mundo que vivimos. Son fracturas que se han abierto en nuestra visión del mundo, pero también alimentan miedos que nos impiden generar propuestas que aborden creativamente estas problemáticas. Voy a intentar describirlas:

2.1. Las fracturas que nos separan. Las grietas.

2.1.1. El autocentramiento, y androcentramiento

La modernidad nos ha conducido a un autocentramiento mayor que en épocas anteriores. El ser humano, situado en el centro del universo proyecta una visión sobre la realidad por un lado profundamente subjetiva, que reduce los acontecimientos a la percepción personal que se tiene de ellos. Esto supone un acortamiento de la mirada, mermando la capacidad de comprensión de la realidad desde una perspectiva más amplia donde se puedan identificar otros factores, y no solamente los que afectan a uno mismo.

⁵ Francisco, *Laudato Si*, 139.

⁶ Chung Hyun Kung, *Introducción a la teología femenina asiática*, Verbo Divino, Estella 2004, 94, 167.

⁷ CELAM, Puebla, 29-30.

Por otro lado, al tener una visión centrada en mis experiencias y mis necesidades, absolutizamos lo que nos sucede, descompensando las relaciones de equidad con los otros, considerando que lo que nos sucede es lo más importante y lo que tiene prioridad.

Como consecuencia, nos atrofiarnos, porque nos incapacitamos para realizar una observación activa de la realidad, es decir, observar activamente en los detalles que nos describen la realidad del otro. Es cada vez más frecuente que pasemos por la cotidianidad sin observarla, sin extraer dejarnos empapar de las circunstancias y factores que la conforman y propician unas u otras situaciones y consecuencias. Perdemos la conciencia de la realidad, de su paso por nosotros.

Por último, el desarrollo de unas prácticas políticas y económicas más individuales, propician un refuerzo de centramiento en la realidad masculina⁸. Cuando lo público y lo privado se ha desdibujado con la pluralidad y la globalidad, lo masculino se impone sobre lo femenino con violencia, y las categorías culturales globales se piensan y se ejecutan en masculino, sin tener en cuenta la voz de las mujeres y las problemáticas que les afectan. Nos encontramos, por tanto, con unas prácticas androcéntricas que dificultan el empoderamiento femenino y la conquista de la equidad. La participación en este mundo pensado desde las necesidades masculinas depende del grado de asimilación de las mujeres de las prácticas masculinas, abandonando las formas de pensamiento propias y las respuestas en diversidad que las mujeres dan a los problemas propios y de los demás.

2.1.2. La incomunicación con el otr@ y intergéneros.

La segunda gran grieta tiene que ver con la incapacidad de incomunicación con el otro. En una sociedad globalizada donde accedemos fácilmente a tecnologías que nos permiten comunicarnos, nos damos cuenta que los procesos de recepción y aceptación de las realidades de los otros están bloqueadas en muchos casos por la dificultad de salir de nosotros mismos. El bloqueo se produce en dos direcciones. Por un lado, mi autocentramiento me bloquea la capacidad la autoexpresión recíproca, es decir, que mi expresión busque una respuesta del otro. La autoexpresión es el primer paso de la interacción. Ésta se completa con la aceptación y respuesta del otro a mi autoexpresión. Si mi autoexpresión solo tiene como intención mostrarme a mí mismo, la comunicación no ha llegado a su término.

Por otro lado, no solemos constituirnos como receptores de una interacción, en escucha activa, sino que nuestra situación y autopercepción está por encima de lo que percibimos del otro. Por tanto, no es solo que en nuestra autocomunicación no busquemos más que mostrarnos a nosotros mismos, sino que además no tenemos intención de escuchar lo que nos diga el otro porque no lo reconocemos como valioso. No se produce por tanto una escucha activa, es decir, que al escuchar al otro, no solo lo recibo sino que lo acepto y hago mío lo suyo.

Con ello anulamos la posibilidad de trazar vínculos humanos entre nosotros, que nace de la interacción entre nosotros.

Esta situación se acrecienta cuando la comunicación se da entre hombre y mujer. En una sociedad pensada desde lo masculino, cualquier autoexpresión de la realidad de las mujeres carece de importancia. Las categorías masculinas banalizan los problemas y situaciones femeninas y así, le otorgan menos importancia y menos protagonismo en la vida cotidiana. De esta manera, los hombres hablan mucho y las mujeres poco cuando los diálogos son intergénero. Porque parece lógico pensar que tienen mejores opiniones que compartir.

Esta situación dificulta la empatía entre géneros, la capacidad de ponernos en el lugar del otro y recibir y aceptar aquellas preocupaciones y alegrías que quieren o necesitan comunicar. Una mala empatía puede derivar en incompreensión conflicto o incluso, violencia.

⁸ Ivone Gebara, *Intuiciones Ecofeministas*, Doble Clic, Montevideo 1998, 96.

2.1.3. La violencia como marco y como intermediaria

Cuando autocentramiento e incomunicación ascienden progresivamente en las prácticas cotidianas, es inevitable que el conflicto esté a la orden del día. La conflictividad instala la violencia como marco de relaciones sociales. Esta violencia cambia en formas e intensidades, pero se constituye como lenguaje social en el que todos y todas de alguna manera participamos.

Existe un nivel de violencia visible y evidente al que todos, al menos desde la teoría, repudiamos. Es **violencia directa**, es decir, acciones visibles y directas que provocan un daño físico, psicológico, emocional, verbal y social. En ella se suele localizar fácilmente a los protagonistas del conflicto y la situación que genera violencia. En esta violencia podemos situar la violencia interpersonal (asesinato, violación, agresión...), la violencia visible entre hombres y mujeres, la violencia contra determinados colectivos sociales o entre pueblos, las guerras, etc.

Hay otra violencia más invisible y menos evidente que tiene que ver con las mentalidades y las narraciones propias de los grupos sociales donde se inserta toda la actividad interrelacional. Es una violencia enmarcada en lo cultural, que legitima comportamientos y prácticas sociales que dañan a personas en concreto o a determinados colectivos sociales. Se expresan a través del lenguaje, los valores, las actividades cotidianas y los roles de hombres y mujeres en el día a día. Son creencias, narraciones de la legitimidad de la violencia con las que repudiamos, discriminamos, juzgamos, apartamos, debilitamos, ignoramos o ninguneamos. Esta violencia es una **violencia cultural**⁹, contra la naturaleza, contra las personas y contra las colectividades, cercenando la capacidad de disenso y fragmentando los vínculos entre los violentados para que no puedan organizarse en torno a propuestas culturales alternativas.

Este tipo de violencia no es una violencia que se pueda localizar con facilidad, ni tiene unos protagonistas determinados, sino que se muestra implícitamente en la vida cotidiana. La tenemos interiorizada de tal manera que enraíza en lo más profundo de nuestros valores, incluso de nuestras creencias religiosas. Se configuran como estructuras del mal (**violencia estructural**) que favorecen el poder de unos sobre otros, estableciendo jerarquías de quién es valioso y quién no en este mundo. La violencia sustenta el poder, como instrumento que multiplica la fractura entre personas¹⁰, alimentando y justificando sistemas socioculturales¹¹, que se aceptan como "inevitables". La naturalización del mal como medida del ser y actuar de las personas, silencia el sufrimiento de los más débiles, especialmente de las mujeres y desvaloriza esta injusticia sufriente, "normalizando" sus efectos sociales.

2.2. Los miedos que nos detienen

Las fracturas de nuestro mundo desarrollan mecanismos que las permiten subsistir y acrecentarse en nuestro tiempo. Lo hacen a través de los miedos en los que somos educados y que alimentan nuestra incapacidad de tomar decisiones sobre la propia vida.

2.2.1. Miedo a la desnudez

Existe en nosotros un miedo, a veces gigante, otras veces más pequeño, a exponer nuestras emociones y experiencias a los demás, porque ello nos hace haciéndonos vulnerables y nos expone a los demás mostrando nuestras debilidades. Inseguridades, complejos, prejuicios, temores, se mezclan la nuestra imagen de nosotros mismos y las expectativas que tenemos con respecto a las relaciones con los demás. En un mundo autocentrado, la individualidad favorece

⁹ Johan Galtung, *Tras la violencia, 3R: reconstrucción, reconciliación, resolución. Afrontando los efectos visibles e invisibles de la guerra y la violencia*, Bakeaz/Gernika Gogoratuz, Gernika 2003.

¹⁰ Hannah Arendt, *Sobre la violencia*, Encuentro, Madrid 1989 (1969), 52.

¹¹ Vicenç Fisas, *Cultura de paz y gestión de conflictos*, Icaria Editorial, Barcelona 1998.

que al comunicarnos nos expresemos de distintas maneras, pero protegiendo aquellos aspectos personales en los que el otro puede interactuar y por tanto, interpelarnos vitalmente.

El miedo tiene una función adaptativa de protección. Regula inconscientemente el deseo de conservación alertándonos del daño potencial que podemos sufrir. Las fracturas del autocentramiento, la incomunicación y la violencia nos convencen de que podemos ser dañados corporal o emocionalmente, de ser desposeído materialmente, o de dignidad personal o social. No siempre somos conscientes de que estamos sintiendo miedo. Por eso, es frecuente sentirnos paralizados u ofuscados por nuestros sentimientos, pero también por nuestra razón, que actúa desde ese miedo no localizado. Bloquea la toma de decisiones y la proactividad frente a los conflictos. El miedo es buen compañero de la violencia porque actúa como bloqueador de la respuesta de la persona ante la injusticia. Y así, mantiene y aumenta las fracturas de este mundo.

Enfrentar el miedo y gestionarlo en beneficio propio y de la comunidad que habito pasa por reconocer estos miedos y sus causas, para poder establecer diálogos conmigo mismo y con otros que me permitan construir enriqueciendo la realidad y no fracturándola.

2.2.2. El consumo

El consumo no es sólo el acto de comprar y poseer objetos, sino también el miedo profundo de no tener un espacio social. Ese espacio social está vinculado a nuestras expectativas de sobre la felicidad y la autorrealización personal. Consumimos por miedo al rechazo social, por miedo al rechazo afectivo, por miedo al fracaso, por miedo a perder el deseo y la esperanza en un futuro mejor. Nos permite sentirnos vivos cada día, cuando consumimos, y así, sentirnos seguros en la idea de que crecemos como personas o sociedad.

El crecimiento económico es, por tanto, fuente de bienes. Más felicidad que se obtiene a través del continuo ascenso y desarrollo de lo consumido y poseído. El consumo actúa en nosotros como un catalizador de justificaciones de nuestras vidas: si seguimos consumiendo, la crisis económica parará su recesión y se estabilizará de nuevo; si crecemos en energía, transporte y comunicación mejoraremos en eficacia sostenible y menos contaminante... y otras muchas narraciones que parten de nuestro miedo ante un sistema que sabemos de capacidad limitada en recursos y que navega hacia una posible desaparición. Creemos en estas narraciones para no aceptar que necesitamos un cambio profundo de paradigmas culturales. Creemos en el consumo bulímico porque nos autoengaña sobre lo que somos y podemos ser, sobre la felicidad y cómo obtenerla.

2.2.3. El problema de los límites.

El consumo, favorece un deseo desorbitado de felicidad, como si la realidad nos pudiera proporcionar un estado de satisfacción sin límites dentro de un universo limitado. Subyace la acción del miedo, que bloquea la consciencia de la condición de finitud de la naturaleza, incluida la humana, en la que todo tiene un tiempo, un lugar y un final.

Hay quienes defienden la expansión geográfica: cuando el ecosistema no da para más, se amplía sus horizontes, sus límites. Incluso con el uso de la fuerza. Si no tenemos petróleo invadimos otro territorio, si no tenemos papel compramos la selva de otro país, si necesitamos diamantes, provocamos una guerra para obtenerlos por la fuerza y el soborno...

Hay quienes defienden la investigación para la eficiencia, intensificando la producción en función de las necesidades e intereses: se explotan hasta secar las tierras, se manipula químicamente la climatología, se manipula genéticamente los organismos para una mejor productividad... y mientras se hace lo primero o lo segundo se producen una serie de desequilibrios que no solo afectan a la biodiversidad, sino también a los ecosistemas y los seres

que viven en ellos, incluidos los humanos. La pobreza, la falta de recursos, la violencia por el mal reparto de los pocos que quedan... son los efectos de no aceptar esta condición de finitud.

Es inevitable concluir que para equilibrar de nuevo el mundo hay que dejar de consumir y decrecer. Pero no sólo asumir la máxima de los ecologistas de los 70 "Reduce, Reutiliza, Recicla", sino proponerse decrecer tomando medidas globales para ello que permita una disminución progresiva y controlada de los niveles de consumo. En definitiva, un cambio de paradigma que opta por la salvación del planeta frente "la barbarie"¹².

3. En lo espiritual todo está conectado: Comprendernos como un cuerpo ecológico.

La experiencia religiosa nos muestra que cuando conectamos desde nuestro interior con la experiencia de trascendencia, los demás aspectos de nuestra vida se reconectan, armonizando nuestra identidad desde un todo más global que se interrelaciona y aprende a alimentarse al completo y no solo crecer desproporcionadamente de una manera u otra. Desde esta constatación podemos repensar la mirada y vivencia del mundo como "todo" que me acoge en mi "yo" concreto y con el que establezco relaciones de interdependencia.

En este sentido, la toma de **conciencia de no ser una individualidad aislada**, sino de ser parte de un "todo" mayor que me afecta y queda afectado por mis decisiones es el primer escalón que me lleva a otras actitudes que promueven un cambio paradigmático en mí. La primera la **voluntad** de tomar medidas para ese cambio con una mirada diferente. Lo segundo, la **libertad** para transgredir las normas de la violencia estructural como signo profético de anuncio de un tiempo mejor. La tercera, la **responsabilidad** de asumir la vida de los otros seres vivos como algo propio y valioso. Esta triple actitud nos abre a la experiencia trascendente de vislumbrar que la totalidad de la realidad está atravesada por el amor de Dios que necesita de nosotros para su plenitud. Por eso, comprendernos como un *todo orgánico* nos aproxima a una experiencia de Dios más profunda, más intensa en cuanto que es compartida con otros seres y plenificada comunitariamente y no individualmente. Es entonces un **cuerpo sagrado, ecológico y colectivo**, que desborda en vida que desea ser multiplicada y compartida¹³. Tomando la idea de comprender la realidad como un todo, desde la metáfora de un cuerpo podemos destacar una serie de características:

- Un **"todo" colectivo**: donde lo mío como identidad individual se vincula fuertemente a los demás por lazos naturales y no solo sociales. Es tiempo de rechazar la visión dicotómica de la antropología dualista y androcéntrica ya que nos conduce al peligro de separar la experiencia de Dios en lo cotidiano de la reflexión colectiva; separa la vida real concreta y su explicitación en el discurso teológico; separa las dimensiones de interioridad y exterioridad; opone la racionalidad a la emoción y el sentimiento, sin permitir una visión global de la realidad. Supone, por tanto una dualidad en la que un extremo se impone sobre el otro, haciendo sufrir al "todo" colectivo: Dios sobre creación, hombre sobre mujer, hombre sobre naturaleza¹⁴. Un dualismo que deforma la Revelación de Dios, como Amante de su creación e impone la tiranía de la explotación.
- Un **"cuerpo" vivo, dinámico y participativo**¹⁵ es un cuerpo que fluye y se transforma continuamente a través del tiempo, sus ciclos y estaciones, la vida humana que nace y muere. La antropología holística o multipolar considera que nuestra identidad personal no viene definida por una bipolaridad (cuerpo-mente) que debe unificarse (uniformidad),

¹² Cfr. Paolo Cacciari, *Decrecimiento o barbarie: para una salida no violenta del capitalismo*, Icaria, Barcelona 2010.

¹³ Ivone Gebara, *Longing for running water. Ecofeminism and Liberation*, Fortress Press, Minneapolis 1990, 127.

¹⁴ Catarina Halkes, "La violación de la Madre Tierra. Ecología y patriarcado" en *Concilium* 226 (1989) 425-435.

¹⁵ Laudato Si, 143.

sino más bien que se configura a través de relaciones de reciprocidad e interdependencia¹⁶, acogiendo y celebrando la diferencia y la biodiversidad¹⁷.

- Un **“todo” creativo** que afecta a las estructuras del mundo - también las del ser humano- y a las culturas haciéndolas ecológicas¹⁸. Se trata de un todo generador, en continuo cambio y transformación que atraviesa todas las fronteras de la edad, sexo, raza, nacionalidad, credo o cualquier otro tipo de barreras y acoge, madura, plenifica, multiplica. Podemos desde ahí entender una relación con Dios de Amistad en la que acogemos, recreamos, tendemos la mano, defendemos a los pobres o a la tierra con todas sus criaturas deterioradas, como signo de la fuerza desbordante de la relación con Dios¹⁹.
- Un **“cuerpo” diverso, tesoro de la realidad**. La diversidad se impone como único camino para la vida, porque estamos constituidos por ella²⁰. Esto también revelación de Dios. Supone por tanto, una apuesta por el cuidado de la tierra en su fragilidad y en su biodiversidad como forma de amar la vida²¹. Hacer de la praxis cotidiana actos de amor hacia el “cuerpo” global. Una ética del cuidado, una ética que nos enraíza en la Tierra y nos hace más cercanos a Dios.

La experiencia de transcendencia se constituye en definitiva como la **sistema de savia que recorre y alimenta no solo la vida de cada organismo**, sino también aquellos canales que vinculan un organismo con otro en sus relaciones, dependencias y simbiosis. Nos deja descubierta el rostro del misterio de la realidad en el que estamos inmersos²². Y nos posibilita el poder seguir los caminos hacia una transformación del mundo a través de Dios, es decir, a través de la justicia, la compasión y el amor.

4. Revoluciones para vivir desde la equidad y la ecojusticia

Cambiar la mirada para comprender la realidad como un **todo orgánico** e interdependiente necesita de la práctica de estas tres dimensiones de Dios antes mencionadas: justicia, compasión y amor, es decir, la ecojusticia.

4.1. Revoluciones de paradigmas.

Por tanto, debemos hablar también de **decrecimiento** como inversión del proceso destructor del planeta. No se trata de reducir la acumulación del capital y sus consecuencias en el injusto reparto de riqueza y la destrucción ilimitada de la naturaleza. El decrecimiento conlleva un cuestionamiento de los valores que subyacen en nuestras sociedades y una crítica a las narraciones que justifican la destrucción del medio ambiental y de la vida humana. El cuestionamiento se concreta en ocho acciones que debemos abordar como sociedades: **Reevaluar, Reconceptualizar, Reestructurar, Relocalizar, Redistribuir, Reducir, Reutilizar y Reciclar**.

Las dos primeras, **reevaluar y reconceptualizar**, tienen que ver con el primer principio clásico del “ver, juzgar, actuar”. Las dos siguientes, **reestructurar y relocalizar**, con el segundo principio, “juzgar”, con un componente de crítica importante sobre la distribución de la riqueza/recursos

¹⁶ Cf. M. Giblin, “Dualism” en: L. RUSSELL y J. CLARKSON, *Dictionary of Feminist Theologies*, Westminster John Knox Press, Louisville, Kentucky 1996, 74.

¹⁷ Ivone Gebara, *Intuiciones ecofeministas...*, 120.

¹⁸ Laudato Si, 142.

¹⁹ Sallie McFague, *Modelos de Dios: Teología para una era ecológica y nuclear*, Sal Terrae, Santander 1994, 272- 273.

²⁰ No hay como admirar las leyes de la genética para darse cuenta de ello. Cf. Theo Oberhuber, “Biodiversidad: tirando piedras contra nuestro propio tejado” en *Claves del ecologismo social, Libros en acción*, Madrid 2010, 67-72.

²¹ Chiara Giaccardi y Mauro Magatti, “El cuidado de la creación” en *Cuidar la Madre Tierra*, San Pablo, Madrid, 2015, 40-50, aquí 45-48. También Cfr. Laudato Si, 147.

²² Gebara, *Longing...*, 134.

actuales. La **reestructuración**, en concreto, plantea la cuestión de la superación del capitalismo que supone la reconversión del sistema productivo para adaptarse a el nuevo paradigma de la ecojusticia. No es posible un decrecimiento sin que cambien los fundamentos del capitalismo. Las cuatro últimas, **redistribuir, reducir, reutilizar y reciclar** tienen que ver con la praxis del "actuar" que subvierten las estructuras de la violencia para convertirlas en una estructura de justicia planetaria.

La **ecojusticia** nos sitúa, así, en posición de percibir la interconexión entre todas las formas de opresión y violencia que afectan a mujeres y hombres y a la naturaleza, fragmentando la realidad. La interconexiones y sus problemáticas pueden alcanzar medios bien distintos como pueden ser la violencia en el entorno de la familia y la destrucción ecológica. Al establecer vínculos entre las problemáticas medioambientales y la justicia social estamos trazando este incipiente sistema de irrigación de una savia fértil para la vida. Con ello estamos diseñando un nuevo mundo, una nueva sociedad que se asienta en nuevas prácticas ecojustas. Algunas de estas prácticas las describo en los apartados siguientes.

4.2. El grito de la justicia es la semilla de la humanización cotidiana: el grito de las periferias.

Recuperando las palabras de San Gregorio Magno "*La tierra es común para todos los hombres, y por consiguiente, los alimentos que proporciona se producen para todos en común. Así, pues, hacen mal en creerse inocentes los que exigen para su uso privado el don que Dios hizo a todos*"²³, necesitamos una justicia retributiva²⁴, en la línea de la opción preferencial por los pobres²⁵, que devuelva lo que el consumo y los intereses de determinados países han robado a otros pueblos y tierras. La injusticia social es mundial, más bien universal, porque acumula la riqueza a través de la explotación de personas y naturaleza: seca las fuentes, deforesta las selvas, envenena los suelos, impide la vida en ellos y desequilibra los ecosistemas manifestándose en el calentamiento global.

2.1.1. La justicia de los cuerpos

Pero además la justicia tiene que ser administrada equitativamente. Y esto supone redescubrir y redistribuir esa justicia que tiene que ver con el poder y la riqueza. Las mujeres están normalmente fuera de los espacios de decisión y riqueza. Habitan en las periferias de las sociedades y del poder que se ejerce en esas sociedades. Son cuerpos que se encuentran en los «no lugares», esta expresión de Michel Foucault (1967) que denomina los lugares que no interesan, que son ocultados: cárceles, burdeles, hospitales, cementerios... se podría añadir desde una perspectiva feminista otros «no lugares», como los hogares rotos por la violencia o en situación de precariedad, los trabajos sin contrato, los barrios empobrecidos, los trabajos no cualificados... etc. En todos ellos, las protagonistas son las mujeres como sujetos receptores de gran cantidad de problemáticas que limitan su situación y su capacidad de decisión y acción. Estos lugares se ocultan, porque son diferentes de una realidad construida idealmente, a través de una política patriarcal mediática y agresiva, que representa una imaginería social sin dolor, sin conflictos, sin problemas.

Los «no lugares» no existen en nuestra globalización, quedan en los rincones más oscuros y olvidados, son periferias sin capacidad de liderazgo, sin autoridad para intervenir en el desarrollo social. Salirse de estos pequeños círculos y querer decidir por nosotras mismas conlleva no pocos sacrificios por un lado y no pocos sufrimientos por otro. Son castigadas y

²³ Regla Pastoral 3,21

²⁴ Francisco, Laudato Si, 157.

²⁵ Cf. GS 88, Laudato Si, 158.

ninguneadas. Sus cuerpos son ignorados, insultados, incluso maltratados o violentados. Sometidos a la disciplina de la culpa. Son culpables de la violencia que se ejerce sobre ellas, y son estigmatizadas si se atreven a salirse de esta disciplina. Las periferias de nuestro entramado planetario soportan las injusticias de una forma pasiva, como única forma posible se existir. Se debilita a los sujetos femeninos de estas periferias, para que no desarrollen la capacidad de cuestionar las circunstancias de sus vidas y sobre la vida de los demás. La violencia estructural administra a los sujetos marcándolos, definiéndolos y discriminándolos. A las mujeres las fragmenta porque debilita las relaciones que establecen entre ellas y con los varones, y ello contribuye a construirlas como sujetos vulnerables y frágiles en espacios de marginalidad y pobreza

2.1.2. Las mujeres pobres sujetos protagonistas de la justicia

Para combatir estas situaciones, las mujeres han desarrollado procesos de resistencia y de empoderamiento que contribuyen a denunciar las estrategias de opresión de las mujeres en nuestras culturas androcéntricas. En determinados contextos, las mujeres pobres desarrollan procesos creativos de apropiación de espacios tanto personales (corporales/identitarios) como sociales. Estas circunstancias tiene que ver en muchas ocasiones con la necesidad propia y de sus familias. Lo hacen en condiciones de violencia, de abandono o vulneración de sus derechos. En otras ocasiones se establecen relaciones sororales donde unas mujeres ayudan a otras a constituirse como sujetos de su propia historia y a protagonizar una reflexión propia y colectiva sobre los estereotipos femeninos y masculinos a los que está sometida, a su crítica y a su deconstrucción.

Sea como sea el camino al que se llega a una conciencia de la propia situación de injusticia, lo cierto es que este ejercicio provoca un cambio de lenguaje, un cambio en las ideas y roles sociales en la convivencia e interrelación social²⁶. Se comienza a aceptar la diversidad femenina y sus relaciones sororales como alternativa a los discursos dominantes²⁷. Se trata de un lenguaje que articula una nueva cosmovisión cultural y que va a afectar al entorno medioambiental. Transforma las circunstancias porque se establecen nuevas relaciones. En ellas, las mujeres ejercen la propiedad sobre sus cuerpos, su psicología, sus decisiones y su mi vida en general. Una autonomía de la que emana un poder interior que las impulsa a tomar el control de la realidad que las rodea hacia una realidad más equitativa.

2.1.3. Procesos de empoderamiento para las mujeres: eso es justicia

El primer paso del empoderamiento es la construcción de la **autoestima** en la vida cotidiana. Sin una autoestima trabajada no es posible ser dueña de la realidad que nos rodea. Es el elemento principal que articula los procesos de empoderamiento. La podemos definir como la valoración que hacemos de nosotros mismos a partir de las experiencias que hemos vivido a lo largo de la vida. En palabras de Marcela Lagarde es «una experiencia ética de fidelidad a una misma: una experiencia que fluye y se transforma en permanencia (...). Construir la autoestima es vivir, de hecho, bajo las pautas éticas del paradigma feminista, es ser libre²⁸. Primero, **aceptarnos tal como somos** con nuestras luces y sombras, siendo conscientes de las limitaciones que podamos tener se pueden educar para mejorar en ese ámbito y las virtudes que tengamos se

²⁶ Wendy Harcourt, *Desarrollo y políticas corporales. Debates críticos en género y desarrollo*, Bellaterra, Barcelona 2011, 254.

²⁷ Olaya Fernández Guerrero, "Mecanismos de la exclusión femenina", en Calvo Sebastián, M^a Josefina y Goicoechea Gaoma, M^a Ángeles (eds.) *Miradas interdisciplinarias para un mundo en igualdad*, Universidad de la Rioja Logroño 2010, pp. 45-60, 49.

²⁸ Marcela Lagarde, *Claves feministas para la autoestima de las mujeres*, Horas y Horas, Madrid 2000, 32.

deben desarrollar y mostrar para beneficio personal y de los que nos rodean. Segundo, **aprender a amarnos con comprensión**, sin autocompadecimiento, con alegría, sin resentimiento. Esto nos permitirá ir realizando cambios permanentes que nos liberen de este sentimiento de incapacidad que nos lleva al miedo y a la frustración.

El segundo paso hacia el empoderamiento es la **asertividad**, es decir, adquirir la capacidad de decir nuestras opiniones o sentimientos sin miedo o culpabilidad y de enunciar nuestra propias opciones. La asertividad influye profundamente en las relaciones sociales. Las personas asertivas son más alegres, más resolutivas, interaccionan mejor con las personas que tienen alrededor. Adquieren una determinación que les hace desarrollar una autoconfianza más sólida. La asertividad devuelve a las mujeres el derecho a ser tratadas con respeto y dignidad. Con ella pueden expresar sus sentimientos y emociones sin miedo a sentirse atropelladas por la creencia masculina de que deben ser corregidas o influenciadas. Así, adquieren independencia y responsabilidad, es decir, se hacen cargo de sus problemas, sin esperar la aprobación de otros o que alguien venga a «rescatarlas».

Por último se adquiere independencia, libertad, autodeterminación, autogobierno y libertad personal²⁹. Que las mujeres lleguen a ser autónomas significa que van a ocupar un lugar en el mundo, como algo propio, necesario, desde la singularidad personal y desde la justicia de Dios.

4.3. Hacia una conversión comunitaria: justicia intergeneracional

Francisco hace referencia en Laudato Si a una **justicia intergeneracional**³⁰, es decir, ser capaces de mirar a nuestros hijos y soñar futuro para ellos y sus hijos. En las sociedades modernas se ha perdido este elemento de transmisión de la herencia de la tierra, las costumbres, la vida de generación en generación. Nos centramos en el aquí y ahora, sin construir para el mañana ni pensar las consecuencias de un presente concreto e individual. Se trata de recuperar la dimensión de solidaridad entre generaciones. Soñar en futuro más allá de nuestra propia vida.

2.2.1. Hacia la sororidad

No es una casualidad que las mujeres hagan pactos cuando se encuentran en lo público. Los pactos las protegen y trazan, desde criterios de reciprocidad, lugares comunes de lucha. La reciprocidad exige apertura, diálogo, defiende los espacios personales y con ello, reelabora las identidades de las que negocian, reordenando sus **intereses y prioridades** como una riqueza colectiva que respeta y potencia el espacio propio³¹.

Esta economía sororal, es transgresora para el imaginario patriarcal, porque desmonta el mito de que las mujeres no tienen capacidad de organización ni liderazgo. Y así actúan sobre las necesidades y urgencias, derechos y deseos de las mujeres que claman un espacio de justicia social y cultural. Con ello se mejora la convivencia, se potencia la singularidad y la igualdad (de hombres y mujeres), y se provocan acciones creativas para los problemas cotidianos. La sororidad, es un crisol de experiencias de mujeres que conduce a la búsqueda de relaciones positivas de empoderamiento y liderazgo de mujeres. Sororidad y empoderamiento están directamente relacionados. Sostiene la creación de vínculos, el cuidado de la relación y el acompañamiento personal y grupal entre mujeres para la búsqueda de la justicia en el medio en que habitan estas mujeres.

²⁹Jean Shinoda Bolen, *El nuevo movimiento global de las mujeres. Construir círculos para transformar el mundo*, Kairós Barcelona 2014, 61.

³⁰ Laudato Si, 159-160.

³¹ Silvia L. Gil, *Nuevos feminismos. Sentidos comunes en la dispersión*, Traficantes de Sueños, Madrid 2011, 220.

2.2.2. Mentoring o acompañamiento de procesos de liberación.

Pero la sororidad tiene un componente más que le hace soñar un futuro para otras mujeres pobres, violentadas y desposeídas de su dignidad. Se trata de construir la vida, la propia, la de mi entorno y la de otros mirando al futuro. Inevitablemente la sororidad nos lleva a analizar las relaciones intergeneracionales.

En contextos muy empobrecidos parece que no cabe la posibilidad de establecer lazos dada la alta conflictividad. Ayudar a las mujeres de estos contextos a trazar relaciones interpersonales con otras mujeres de más experiencia puede favorecer una ética de la justicia intergeneracional, que nos **responsabiliza de cuidar** y preparar a las generaciones posteriores para una vida que hay que transformar. La **ética de la justicia intergeneracional** la podemos definir como el desarrollo de la capacidad de mirar a nuestras hijas y nietas y soñar futuro con ellas y para ellas, donde sean sujetos activos de su propia historia.

Transmitir una herencia multiforme, diversa y centrada en las potencialidades puede ser la clave para un mundo menos fracturado y más justo. Lo que el sistema de consumo de la vida individualizado fragmenta y fragiliza, queda de nuevo enlazado a través del "mentoring" de otras mujeres más jóvenes. Participan juntas sororalmente en los procesos de empoderamiento de otras mujeres, compartiendo las derivas personales como sustrato de construcción cultural alternativa al consumo y la violencia. Favorece el aprendizaje sororal y a la vez la diferenciación como clave personal.

Los vínculos que se establecen en el acompañamiento entre mentora y mentorizada, ejercen sobre las mujeres jóvenes un movimiento de su singularidad saludable, que les permite analizar, criticar y derribar muchas de las barreras del imaginario mercantil y patriarcal actual. Ayuda a las mujeres jóvenes a **localizar aquellos elementos del propio sistema fragmentario** que pretende convencerlas de que la desigualdad y la violencia son propias de mujeres e "inevitables". La mentorización o acompañamiento de mujeres jóvenes recorta la soledad en las luchas de las mujeres pobres y mejora las redes entre mujeres como caminos adecuados para la transformación social³², no como una relación jerárquica, sino como un aprendizaje colectivo donde todas tienen algo que aportar a los retos planetarios del hoy.

4.4. La práctica de economías alternativas: la austeridad del cristin@

Un nuevo paradigma que pretenda practicar la ecojusticia necesita **combatir la Economía explotadora** frente a las sinergias que nos la venden como única respuesta económica posible. Articular nuevas economías basadas en lo cooperativo a nivel local -que es muy enriquecedor-³³ y en lo consensuado equitativamente a nivel mundial, donde la política y los acuerdos sociales internacionales deben mandar sobre la economía y los intereses de las empresas transnacionales³⁴.

Por ello, al igual que decíamos antes, el ejercicio del decrecimiento, no como control del exceso, sino como eje de la existencia es la clave para la generación de economías alternativas. Y así, **apostar por la austeridad** como estilo de vida. Aprender a vivir de las necesidades y no de los deseos. Esto quiere decir, que es necesario decrecer para reducir los consumos y para equilibrar el propio reciclaje de la naturaleza³⁵. La austeridad en relación a los demás genera cooperación y equidad. Equilibra recursos y rompe el juego capitalista.

³² Alicia Puleo, *Ecofeminismo para otro mundo posible*, Cátedra, Madrid 2013, 299.

³³ Laudato Si, 179.

³⁴ Cf. GS 29, 66 y Laudato Si, 172-173.

³⁵ Luis Gonzalez Reyes, "Decrecimiento: menos para vivir mejor" en *Claves del ecologismo social, Libros en acción*, Madrid 2010, 125-130, aquí 127.

Practicar la austeridad fomenta el cambio de prioridades vitales individuales centrándonos no en los deseos reprimidos por el no poseer, sino en la conciencia de que la felicidad procede de otro lugar que no es el consumo o la acumulación. La moderación del consumo implica tomar conciencia de que cada uno de nosotros y nosotras somos corresponsables de los efectos sociales y ecológicos de lo que compramos y consumimos y actuar en consecuencia.

En este sentido habrá que abordar las distintas facetas de nuestra vida que pueden decrecer: usos de la energía en casa, agua, reciclado y reutilización de basuras, comida, limpieza e higiene, muebles y enseres domésticos, transporte, crianza de los niños, ocio y viajes, medios de comunicación, dinero, ahorros e impuestos... En esta revisión debe estar de fondo los valores evangélicos de austeridad, sobriedad y compromiso transformador.

El compromiso evangélico enfoca los compromisos ecológico, político, social y económico hacia la conservación y cuidado de la biodiversidad del planeta para poder hacer del mundo un sitio más justo y más agradable para vivir. Sólo desde lo cotidiano se podrá transformar la realidad. Consumir de forma diferente, haciendo cierto aquello de **relocaliza, redistribuye, reduce, recicla, reutiliza, etc.** Ahorrar haciendo que los ahorros se conviertan en fuente de riqueza para otros. Comprar pensando qué rostro hay detrás de la etiqueta, qué manos han fabricado lo que nos ponemos, lo que comemos. Consumir teniendo en cuenta los ciclos de la naturaleza, los circuitos locales, las personas que fabrican y producen.

En definitiva tener en la mirada a los desafortunados de este mundo, los que no ganan y reciben toda la violencia y exclusión. Es la clave cristológica que nos hace poner al otro el primero en nuestras prioridades. No podemos olvidar que el **decrecimiento**, promueve el reciclaje de desechos materiales pero también busca rehabilitar de los excluidos³⁶. El mejor reciclaje consiste en desechar menos, y la mejor forma de rehabilitación social es evitar la exclusión.

4.5. Crear cultura ecosostenible: Educación, Reconciliación y Conversión

Dada la situación de precariedad y violencia del 80% de la población mundial, que acrecienta los problemas medioambientales y el cambio climático, una apuesta para el futuro es vincular **Educación, Paz y Ecología**. Ahora más que nunca no podemos educar si no tenemos en cuenta el gran universo necesitado de armonía. Necesitamos un nuevo tipo de educación que aborde de una forma distinta la preocupación por la tierra. Una educación donde lo cooperativo enseñe las virtudes ecológicas³⁷ rebajando la violencia del abuso y la explotación de cuerpos y naturaleza y permitiendo una convivencia pacífica, solidaria y armónica³⁸. Recuperar la hospitalidad como valor común, siendo conscientes de la casa común.

Una clave para esta recuperación de la Hospitalidad es la **no violencia**. La no violencia activa es una manera de mostrar verdaderamente cómo, la unidad a través del diálogo y la acogida, es más importante y fecunda que el conflicto. Las situaciones de conflicto en el mundo pueden afrontarse desde la comprensión y la compasión. Dice La encíclica Laudato Si que las tensiones y los opuestos pueden "alcanzar una unidad pluriforme que engendra nueva vida" (LS 16 y 138). Esto no quiere decir que se renuncie a lo que se es, a la propia identidad o singularidad, a la

³⁶ Cfr. Serge Latouche, *Pequeño tratado del decrecimiento sereno*, Icaria, Barcelona 2009.

³⁷ Laudato Si, 88.

³⁸ Leonardo Boff, "La Magna Carta de la ecología integral: El grito de la tierra y el grito de los pobres" en *Cuidar la Madre Tierra*, San Pablo, Madrid, 2015, 5-30, aquí 13.

cultura o los valores, sino que se puede convivir conservando “las virtualidades valiosas de las polaridades en pugna”³⁹ y poniéndolas en común para crecer en felicidad y encuentro. En este sentido, construir en comunidad el futuro que queremos para nuestros hijos y nietos es también educar en un modelo de vida diferente, más misericordioso y más inclusivo. Educar en la cooperación y no en la rivalidad, educar en la ética del cuidado y no en la agresividad, educar en la mirada integral y no en la pequeña historia personal, educar en la empatía y no en la cultura de estar siempre por encima, educar en la aceptación e intervención en el conflicto y no en la no asunción de los problemas. Todo ello supone “aceptar sufrir el conflicto, resolverlo y transformarlo en el eslabón de un nuevo proceso”⁴⁰.

5. Dotar a los cuerpos de Esperanza: la vida en clave escatológica.

Para terminar, la experiencia de Dios nos conduce hoy a dotar a los cuerpos de Esperanza. Los cuerpos humanos, de mujeres y hombres, los cuerpos de los seres vivos, todos ellos, que conforman el cuerpo ecológico que es el universo necesitan del amor de Dios para la plenitud de la vida. En este sentido, nuestra vida es un río de Esperanza, que empapa el sustrato de la vida, ese polvo de estrellas que nos constituye y sufre si no es alimentado. Ante el deterioro de este cuerpo ecológico, propongámonos alimentarlo día a día desde lo cotidiano. Una serie de principios nos pueden ayudar a este cometido:

El principio de resistencia: dotar a las personas y a la naturaleza de estrategias de supervivencia, de cooperación y de reciprocidad para poder enfrentar la conflictividad y poder transformar la realidad desde la resistencia frente al mal que nos aborda.

El principio de resiliencia: desarrollar aprendizajes basados en reconstruirnos como seres vivos y conectados con el resto, desde la hospitalidad y la justicia. Acompañar en la liberación, en la reconstrucción personal, en los procesos de conversión, en los procesos de reconciliación....

El principio de creatividad: apostar por la exploración de oportunidades y por la asunción de riesgos. Si queremos cambiar el mundo es necesario que nos dejemos llevar por el Espíritu que “sopla donde quiere” (Jn 3,8).

Nos encontramos ante un “kairós”, es decir, un **proceso de autocomprensión nuevo**, donde se construyan sinergias interdependientes de un “todo” vital. Un tiempo donde los poderes y las jerarquías se desplacen hacia lo relacional y lo cooperativo como forma de multiplicación de la vida. Un tiempo de **regeneración de los cuidados como mecanismos de crecimiento y sostenibilidad**. En esto, inevitablemente y a modo de apunte para otro artículo, las mujeres tenemos mucho que decir⁴¹. Tenemos la oportunidad para sentar las bases de una nueva red de sociedades y culturas dispuestas a cuidar el mundo heredado desde el Amor de Dios. Un Amor de Dios que nos ama desde la propia diversidad y nos empuja a continuar con su obra creativa y generadora de vida sobreabundante.

³⁹ Evangelii Gaudium 228.

⁴⁰ Evangelii gaudium 227.

⁴¹ Cf. Ivone Gebara, *Intuiciones ecofeministas...* op. Cit. 84-105.